

Entra tú

Estación de San Isidro – Albaterra – Catral

08:10

Alba subió al vagón de un salto y sin aliento. Llevaba diez minutos corriendo, segura de que llegaba tarde y tendría que esperar el siguiente tren. En realidad se adelantaba cinco minutos. Una avería en el coche le obligaba a usar este medio de transporte por primera vez desde que se trasladara a vivir a San Isidro. Aunque su plaza como profesora interina estaba en un colegio de Orihuela, prefería vivir en una localidad más pequeña y tranquila y ese día pagaba las consecuencias de no haberse conformado con una habitación en un piso compartido con otros maestros junto al centro en que enseñaba inglés.

Dudó entre quedarse de pie o sentarse y se decidió por lo último cuando el tren emprendió la marcha y vio que quedaba un asiento libre junto a una anciana. La hubiera tildado de adorable si ella hubiera escrito esta historia porque todas las mujeres mayores lo son en los cuentos. Esta, sin embargo, era tan vulgar como el resto de personas en la vida real.

Le dio los buenos días pero como única respuesta recibió un suspiro. La miró de reojo y le pareció que estaba asustada. Le recordaba tanto a su abuela que no pudo evitar preocuparse por ella.

—¿Está usted bien?

—No, la verdad es que no —respondió dirigiendo sus palabras a su propia barbilla en un tono tan bajo que a Alba le costó oírla.

—¿Puedo ayudarla?

—No creo. Nos está mirando.

Lo dijo apuntando con los ojos hacia el fondo del vagón donde Alba pudo ver sentado a un hombre de larga barba negra que le miraba fijamente. Enseguida apartó la vista, incómoda.

—¿Quién es? —inquirió adaptando el tono de voz al de su interlocutora.

—El de siempre.

—Disculpe, no le entiendo.

—El que se sube todos los días al mismo tren que yo. Da igual la hora, he probado todos los horarios, de mañana y de tarde. Y siempre está él dentro cuando se cierran las puertas. Tengo miedo.

Alba no sabía dónde mirar. Al frente se encontraba con aquel que atemorizaba a aquella mujer. A la derecha se mareaba con el paisaje en movimiento. Y a la izquierda... Todo era pesar, a la izquierda.

—Ahora vendrá el otro.

—¿Quién?

—Ahora verás, en la próxima parada.

Estación de Callosa de Segura

08:23

A Alba le costó darse cuenta con el movimiento de gente entrando y saliendo del vagón, pero el extraño ser de la barba se había levantado y otro con la misma característica facial, aunque de evidente edad más avanzada, había ocupado su asiento. Tras reemprender la marcha, era él quien las miraba.

—¿Ves? Le cede el asiento y ahora es el viejo el que me mira. Así todos los días. Yo ya no puedo más— se lamentó casi sin voz.

—¿Y no puede usted prescindir de tomar el tren a diario?

—No, hija, mis nietos están en Orihuela, quién iba a cuidarlos si no. Además —añadió, bajando aún más la voz— me mata la curiosidad. ¿Por qué me miran?

—¿En serio?

—Claro. ¿A ti no? ¿No tienes ganas ya de saber qué les pasa conmigo?

—Bueno, puede ser, no voy a negarlo— se sorprendió Alba a sí misma.

—A todos nos atrapa el misterio. Aquella señora del vestido verde, ¿la ves? Ella suele coger el tren también cada día. Y está deseando saber qué pasa.

—¿Se lo ha dicho a usted?

—No, no la conozco de nada y jamás nos hemos dirigido la palabra, pero lo noto en su mirada. Además, aunque yo no tengo mucho mundo corrido, conozco muy bien la condición humana, y esa es como la Fina.

—¿Como quién?

—La panadera de mi pueblo, la que hace las almojábenas más secas que me he comido en toda mi vida, una *negosianta*.

—¿Una qué? —preguntó, cada vez más superada por la situación y la propia conversación.

—Que siempre se quiere enterar de todo.

Alba volvió a mirar al frente, en busca de la coherencia que hacía rato ya se había esfumado.

—No entiendo nada. Esto me parece una locura.

—No, hija, no. Lo que es demencial es que todo el mundo lo note y nadie me haya preguntado hasta que has llegado tú. Eres una enviada del cielo.

—No diría yo tanto.

—Sí, hija, sí, confía en mi sexto sentido. Y como ángel que eres, seguro que serás capaz de terminar de ayudarme, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Sí, que vamos a bajar las dos en Orihuela y me vas a acompañar mientras sigo a estos dos, a ver a dónde se dirigen y si se tercia, podemos hablar con ellos y preguntarles qué perra les ha entrado conmigo.

—Pero oiga, yo voy al trabajo, me esperan mis alumnos en el colegio.

—Hija, por favor, que me da miedo hacerlo yo sola y nadie nunca se había preocupado por mí como tú. Anda, llama al trabajo y di que no puedes ir, que estás enferma.

Estación de Orihuela Miguel Hernández

08:32

Siguieron a los dos hombres por las calles de Orihuela hasta llegar a la Catedral, a la que entraron por la Puerta de Loreto. Ellas se pararon ante al monumento y se miraron de frente.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alba.

—¿Es la primera vez que vienes?

—Sí, es que en realidad no soy de la zona.

—No conoces entonces el Altar Mayor... ¡Qué envidia! Me gustaría tanto poder volver atrás en el tiempo y descubrirlo por primera vez. Y la Capilla de San Pedro... ¡Y la de Santa Catalina! ¡Y el órgano, ay qué órgano!

Alba se asustó al sentir el éxtasis que empezaba a invadir a la señora.

—Creo que voy a tener que ir yéndome.

—Espera, ¿te has olvidado de los señores del tren?

—¿Qué más da eso ahora?

—Mucho, necesito saber qué hacen ahí. A lo mejor así entenderé porque me miran en el tren.

—Pues entre y búsquelos.

—Entra tú, bonita, y me cuentas qué hacen.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Ay, porque a mí me da miedo.

—¿Miedo de qué? Es la catedral, ¿qué puede pasar?

—Entra, entra tú —le empujaba hacia la puerta-. Entra y, de paso, te confiesas, pecadora, que tienes una pinta de pecadora que no puedes con ella.

—¡Oiga!

Alba no pudo quejarse mucho más porque desde dentro los dos hombres que habían perturbado su tranquila jornada en el tren la cogieron en volandas y se la llevaron al interior del templo.

Fuera, la anciana se cruzó de brazos y miró orgullosa hacia la puerta. Cada vez le costaba menos traerlas.